N. 77. 16

TRAGEDIA.

PAULINO.

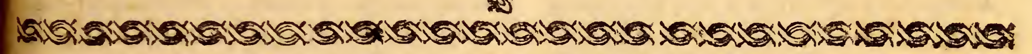
POR DON THOMAS DE AñORBE.

ACTORES.

Theodosio el Menor, Emperador del Oriente.
Eudosia Emperatriz, su muger.
Pulqueria, hermana del Emperador.



Paulino, Privado del Emperador.
Crisafio, Opuesto de Pulqueria.
Emorbio, Liberto de Crisafio.
Layo, Liberto de Paulino.



La Scena en Constantinopla.

ACTO I.

SCENA I.

Cris. EL ser dichoso un hombre no consiste
en disfrutar la dicha mas cumplida,
si esta verdad con su opinion resiste.
¿Qué importarà de Atropos larga vida,
què la fama, el aplauso y la riqueza,
si el alma está de su opinion asida?
Serà la robustèz larga pereza,
la gigantea su mayor infamia,
y de Midas el oro su pobreza.
Culparà la carrera de Hipodamia:
Dirà, que el Sol enfria, y nieve abrasa,
muriendo de aprehension, como Laodamia:
¡O fuerza imaginaria, nada escasa,
que contradices el mayor contento
con el mental cuidado, que me abrasa!
Dexa yà el bacilante infiel tormēto,
con que à mi pecho dàs, en duro potro,
motivo à que confiese lo que siento.
Yo soy Crisafio, miento, que soy otro,
verdad es, fantasia no, es quimera,
segun en tu opinion, el juicio apotro.
Crisafio me llamaba, quando lo era,
bordando en oro mi mayor realce,
en el felice siglo de otra era.
Mas oy, aunque à mis pies talares calce
la imaginaria idea, que me aquexa,
me abatira, por mas que yo me ensalce.

El decir mi aprehension aun no me
dexa
el humo vago, que los ojos ciega;
¡O lo que puede una vana quexa!
Theodosio Emperador, en quien se
anega,
si à su alabanza doy el primer paso,
el Leño, que al Occeano se entrega:
De aquel, que en sus virtudes nada
escaso,
Menor llamado, para ser mas alto,
oriental Sol, que influye sin acaso.
Soy Girasol dichoso, y nunca falto,
niega à mi vista de su luz el fuego:
pues con èl oy mi sèr dichoso esmalto.
De este modo me avisa la educada
estimacion, que forma à la enseñanza,
que de las Artes me debiò acertada.
Entre tan apacible y fiel bonanza,
donde sin faltar nada, todo sobra,
de la quietud no encuentro la alianza:
Del corazon humano la zozobra
no se escusa en el viage de la vida,
pues su deseo nace del que cobra:
Digolo yo, que en dicha tan cum-
plida,
si el Cesar mucho aprecia mi persona,
de Pulqueria su hermana està ofendida:
Matrona es, que gobierna esta Co-
rona;
à quien el Cesar y el Imperio todo
yà la llaman Minerva, yà Belona:
Ella es capàz del uno y otro modo;
pero muger y acierto en tal gobier-
no,
á esta opinion la mia no acomodo.
Si bien, mientras que pasa el duro
Invierno,
oculto como el alamo robusto,
de su furor las ojas del quaderno.
Esto me aflige, aunque no me asus-
to,
de que ella en sus palabras mysterio-
sas,
me dè à entender, que entiende mi
disgusto:
Acciones fueran siempre mas glorio-
sas,
que el Cesar por sì solo gobernase
con prendas, que le adornan milagro-
sas:
Y quando alguno al mando se agre-
gase,
la Emperatriz Eudosia lo merece,
por ser su esposa, y docta en toda clase;
Y quando no, Paulino no carece
de esclarecidas, sabias y altas prendas,
pues á ser su Privado le engrandece.
Si todas estas son fallidas sendas,
no fuera en mi muy vana la esperanza,
Real sangre animo y letras estupendas.
Si mi poder mayor poder no alcan-
za,
¿para que, pensamiento, me atormentas?
¿de Astrea tengo acaso la balanza?
Bien sé que no la tengo, mas si a-
lientas
al mando que pretendes, pensamiento,
estadistas palabras usa atentas.
El silvo, Palaciego cumplimiento
usa con todos; pero á tu enemiga
muy alagueña sea el rendimiento.
Canta Syrena, Cocodrilo instiga,
si ella llorare, llora tu con ella;
y si rie, con risa mas la obliga.
Y mientras tanto que la suave Es-
trella
me facilita rumbo afianzado,
borre el sigilo la ambiciosa huella,
y Emorbio no la entienda, que es
criado.

***
*** ***

SCENA II.

Crisafio y Emorbio.

Emorb. Buscando vuestra persona
todo el Palacio, Señor,
he discurrido.
Cris. Tu amor
mi mayor cariño abona.
Pero yà que me has hallado,
¿di, què quieres, Morbio?
Emorb. Daros
aviso, como à buscaros
à casa vino un criado
de Pulqueria; y yo juzgando
que en el recado hay malicia,
para daros la noticia
os vengo, Señor, buscando.
Cris. ¿Què malicia puede haber
en el recado?
Emorb. Pulqueria,
sobre ser con vos muy seria,
tiene sobrado poder:
por ai dicen, que ofendida
de vuestra mucha opinion,
solicita la traycion
para quitaros la vida.
Cris. Por el Cielo soberano
te juro, que si atrevido
en el templo de mi oido,
de tu voz eco villano
vuelve à resonar aleve
tan desacordado punto,
sera castigo muy leve
contra tu vida, pues miro
que tu presuncion traydora
de mi pecho fiel desdora
la lealtad que respiro.
¡Pulqueria contra mi vida!
¡en ella caber traicion!
¿de la mayor perfeccion
hablas con tanta osadia?
¿què dixera el recatado
que escuchase tus acentos?
dixera ser pensamientos
del amo, y no del criado.
De un criado la opinion
si á descifrarla me entrego,
es papel, en cuyo pliego
pone el amo la impresion.
Si esto es asi comunmente,
¿como contra quien venero
tu labio injusto y severo,
se desata balbuciente?
¿Qué has visto en mi, ni Pulqueria,
para hacerla mi enemiga?
¿Dices que te dá fatiga
el que se autorize seria?
con igualdad desempeña
del gobierno la grandeza;
si me muestra su entereza,
nadie la mirò risueña.
Además, que aunque su mano
ultrajase mi persona,
(que no harà) siempre la abona
el ser el Cesar su hermano;
porque si ella fuera injusta
y el Cesar lo permitiere,
quiero lo que el Cesar quiere,
y ningun temor me asusta.
Mas estas condicionales
son tan distantes propuestas,
que en ella son las opuestas
de su perfeccion señales.
Diganlo su gran clemencia,
su gobierno, magestad,
su justicia, su piedad,
talento, aliento y prudencia.
Yo no hallo en Pulqueria falta;
y asi otra vez mas atento,
con tan atrevido aliento
no empañes Luna tan alta.
Mi labio la voz resista,
que es improprio que contigo
comunique lo que digo;

vete luego de mi viſta.
Emorb. Yerro fué de buena ley,
que qual criado os profeſo.
Criſ. Pues no cumpliſte con eſo,
que antes que el Amo es el Rey.
Emorb. Yo en el Ceſar no he tocado
con el menor penſamiento.
Criſ. Igual fue tu atrevimiento
en hablar mal del Privado;
y en mi ſentir fuè mas grave
flecha, que fué dirigida,
donde hacer pudo la herida
que en la Mageſtad no cabe.
Emorb. Conozco mi deſatino,
y enmendarlo ſolicito.
Criſ. Todo mi enojo remito:
vete, que viene Paulino.

SCENA III.

Paulino y Criſafio.

Paul. En buena hora os encuentre mi cariño,
Señor Criſafio, en cuyo terſo armiño
mirando eſtoy la candidez mas ſuma,
q̃ vueſtro pecho para el Ceſar ſuma,
holocauſto de aromas, que reſpira
deſde la primer cuna, haſta la pyra.
Criſ. Donde el Sol reſplandece con ſus rayos,
de lucimientos todos ſon enſayos;
y aſi, Señor Paulino, no me aſõbra,
q̃ vueſtra viſta en mi no encuentre smbra.
Paul. Aſi como del uno al otro Polo
no hay mas que un Sol, que quiere decir ſolo,
en el Palacio de qualquier Monarca
de ſolo, y Sol la Mageſtad ſe marca.
Bien sé que hablais del Ceſar, que mis rayos
ſin ſu explendor ſon miſeros deſmayos.
En eſte regio Alcazar de Theodoſio
de Oriente Emperador el mas glorioſo,
que es de Trajano generoſa rama,
à quien la Corte Conſtantina aclama
por unico Monarca de ſu Esfera,
del Sol la pariedad ſe conſidera;
pues ſi el Sol nace ſobre el alto Mõte
acuchillando deſde el Orizonte
con ſus rayos las ſombras de la noche,
juſticia haciendo deſde el primer broche;
tanto el Ceſar al Sol ſe le parece,
que de Juſto el renombre le engrandece,
por ſer diſtributiva ſu juſticia,
que diſpenſa el rigor, ó la caricia.
Si deſpues que campea el Poliſemo,
el Padre de Saturno, no hay eſtremo
en los once quadernos ſoberanos,
ni menos en los concabos humanos,
à quien niegue beneficos favores,
el Zodiaco de todos ſus fulgores;
eſto miſmo en el Ceſar (Dios le guarde)
es epitecto del mayor alarde;
pues ſi èl alumbra grandes y pequeños,
eſtos ſon de Theodoſio los empeños.
¿Qué planeta, què Aſtro, què luz bella
no es de ſu luz flamigera centella?
Què rudo lecho, Que pajiza choza
de ſu arreból beneficio no goza?
Si Eudoſia, que es ſu eſpoſa reſplandece,
por èl, qual Venus, aſtro la engrandece.
ſi Pulqueria, Lucina ſubſtituye
del

del ſol la auſencia, no por eſo arguye
que ſea propia aquella luz plateada,
ſino es que de ſu hermano derivada,
ſi vos y yo tal vez reſplandecemos,
¿à quien ſino es al Ceſar lo debemos?
Midamos lo que và de Cielo à tierra;
quiero decir, lo que en la Plebe encierra
eſte Sol de beneficos amores
con que diſpenſa afable ſus fulgores.
¿Que afligido à ſus pies llegó llorando,
que no volvieſe ſu piedad cantando?
¿Qué agraviado llegó à pedir juſticia,
que quedaſe ſin pena la malicia?
¿Què pretendiente de ſu luz temprana,
que no le anticipaſe la mañana?
¿Quien ſe atreviò à mirarle hito à hito,
qne no quedaſe ciego del delito?
¿Qué flor triſte, de lagrimas bañada,
que no fueſe à ſu luz refrigerada?
Si al Sol celebra el muſico gilguero,
à Theodoſio tambien mi amor parlero;
y tanto, que contemplo que he paſado
la raya de vaſallo à enamorado:
mas què mucho, ſi amor apreciativo
es mas q̃ el tierno, el eficàz, el vivo.

Criſ. Aunque el ſimil es propio y adequado,
y os habeis con razon bien remontado,
ni lo primero, ni ſegundo eſtraño,
quando al miſmo raudàl que vos me baño;
que ſi al Ceſar teneis por Sol y ſolo,
yo tambien le contemplo unico Apolo.
Solo lo que repara mi ignorancia
es, que vueſtra eficàz leal inſtancia,
con buelo deſuſado en lo incentivo,
aſegure que rinde apreciativo
amor al Ceſar, de tan alta fraſe,
que ſolo à la Deidad es digna claſe.

Paul. No en valde ſiempre tuve complacencia
de hablar con vos, Varon de tanta ciencia:
y por ſi acaſo no es lo que imagino,
de burlaros de quien mal ſe previno,
afirmo, que eſte modo apreciativo
de finito valor, es relativo
à las finitas coſas comunmente
que puedan apreciarſe juſtamente,
llegando à conocer de ſus valores,
meritos baxos, medios y mayores;
de cuya conſequencia ſe colige,
que dixe bien, quando guſtoſo dixe,
que apreciativo amor al Ceſar tẽgo,
pues conſagro, ſegun en èl prevẽgo,
correſpondiente amor apreciativo,
ſin tocar en el que es ſuperlativo.

Criſ. Vano, cõcluſo y enſeñado quedo;
y pues yà detenerme aqui no puedo,
ceſe pues, de eſte asunto la materia,
que un recado me han dado de Pulqueria:
á ver q̃ manda voy como es debido,
que aun no creo que el Ceſar ſe ha veſtido,
ſervir quiero à los dos, por ſi ſe eſmalta
el oro del afecto, ſin la falta.

Paul. Dichoſo rumbo vueſtto afecto elige.

Criſ. Hallar el puerto el penſamiento elige,
aunque alguna ſoſpecha, ſiempre necia,
la caſtidad deſdore de Lucrecia.

SCE-

SCENA IIII.

Paulino solo.

Paul. Ynquieto en el Theatro
del Mundo se presenta
Crisafio, mal seguro
de una pasiõ, que incauta le dá guerra.
Qué mal que se persuade,
què bien que se atormenta
aquel que quiere osado
à su opinion ceñir toda la Esfera.
Que ignora me parece
què fuè naturaleza
en rostros y opiniones
variable, mas que todo quanto abrevia.
Crisafio sobre noble
le adornan muchas letras,
mas uno y otro invierte
aquel que una pasion le desgobierna.
Del sabio verdadero
es la leccion primera
el enmendar sus faltas,
y despues con prudencia las agenas.
¿Que es vér un sabio de estos
tratar sin experiencia
de la razon de Estado,
desvanecido de sus muchas letras?
Engañase el que juzga
regir con la violencia
la Cathedra que guarda
de un Gavinete la razon secreta.
Crisafio es uno de estos
opuesto de Pulqueria,
que mal disimulado
dice su rostro mas que no su lengua.
Camino errado elige,
se advierte y considera
que aunque es Pulqueria sabia;
qualquier muger en la vẽgãza es terca.
Dichoso yo, que gozo
con una fáz serena
del Cesar la privanza,
y estimaciõ de Eudosia y de Pulqueria.
Si el Cesar me consulta
dudas de paz y guerra,
digo como Vasallo
quanto alcanza mi ruda inteligencia.
Si nada me preguntan,
no formo de ello quexa,
sino antes bien me alegro,
por no errar del Consejo à la respuesta.
Asi se ha mantenido
con lustre mi nobleza,
bien quisto en el Palacio,
y aplaudido en la mas distante Aldea.
Dichoso me contemplo,
nada me causa pena,
à Dios y al Cesar sirvo,
ni el bien, ni el mal inmuta mi cadencia.
Yo voy á ver si es tiempo
de que se vista el Cesar,
que oy son los Santos Reyes,
y à la capilla Real saldrá su Alteza.

ACTO II.

SCENA I.

Theodosio, Pulqueria y Eudosia.

Thed. Discreta, quanto bella, prenda hermosa,
Emperatriz de Oriente, y aun del Mundo,
Si mido mi poder con la amorosa
dulce llama eficáz, en que me fũdo,
quando à tus pies rendir, ó sabia Eudosia!
quisiera con afecto sin segundo
lo que dista de la una á la otra Zona,
por digna alfombra, yà que no corona.
Y tu, sabia Pulqueria, hermana mia,
en quien descansa todo el Firmamẽto
de la opulenta basta Monarquia
que

que es de mi Solio Real Cesario asiẽto,
sin que al golpe del uno y otro dia
el acordado dulce movimiento
destemple de los Astros velóz curso
el tiempo à quien supera tu discurso:
Escuchadme las dos, pues mutuamente,
con iguales afectos enlazados,
os hallo tan unidas en mi mente,
que mis cariños casi equivocados,
dudando con el modo competente
al valancear amor dulces alhagos,
por ser mas fiel el fiel, tibio parece,
quando sabio equilibrio le engrandece.
Vuestras Altezas, si es que à la memoria
consultan con el tiempo yá pasado,
creo se acordarán de la victoria,
que no mis Armas, sino es el sagrado
poder de Dios, por lauro de su gloria,
alcanzó de Roylas el osado,
caudillo de los Citas y Rusianos,
que à morir se vinieron à mis manos.
Dixe que Dios triunfó de mi enemigo,
y que mis manos fueron su guadaña;
y dixe bien, que un Rey que á Dios consigo
lleva por norte de qualquier campaña,
Dios hace al Rey Ministro del castigo
contra enemiga poderosa saña;
y mas quando asustando Mar y Tierra,
sin causa justa el parche intima guerra.
Desde este dia Marte soñoliento,
en Octaviana paz todo mi Imperio,
gozó gustoso, disfrutó contento
tranquilidad con todo el Emisferio;
mas ya desde oy el belico instrumento
guerra publicará, con vituperio
del Persa Barabanes, que el Tratado
de paz con el Imperio ha quebrantado.
Yá me dicen que el Barbaro atrevido
marchando viene con ruidoso estruendo,
de Alamendar su amigo socorrido
(Sarracenico Rey) los dos haciendo
à fuego y sangre el horror cumplido,
á las humanas leyes excediendo:
cada Rey cien mil hombres trae de guerra
uno viene por Mar, otro por Tierra.
Considero que el numero es bastante
para dàr que temer à otro Monarca;
mas mi pecho es de roca tan constante;
que nada de temor en él se marca;
si bien como Soldado vigilante
prevengo al enemigo fiera parca,
en el cuidado del mayor desvelo,
con el descuido del menor rezelo.
Ya mis huestes del todo prevenidas,
para la marcha esperan solamente
que Imperiales las Aguilas temidas
desarruguen el ocio, haciendo frente
à las tropas del barbaro atrevidas,
para abreviar castigo al delinquente,
que ya como vencido le reputan,
segun sus pechos el valor reclutan.
Esta jornada mi valor emprende
en pesona, saliendo à la Campaña;
mas una duda electiva atiende,
si no á olvidar, á suspender mi saña;
y es, à qual de los dos mejor comprehende
para la belicosa digna hazaña,
la vengala del Mar, y su destino
entre el grande Crisafio y gran Paulino.
Esta duda me tiene desvelado,
por ser los dos en meritos iguales,
que el camino electivo es arriesgado
al peregrino en ocasiones tales;
y asi, para no dar el paso errado,
del Norte observo nauticas señales:

y pues vuestras Altezas lo son mio,
de su consejo la eleccion confio.

Pulq. El decir la primera (ò bella Eudosia)
mi parecer, no incluye magisterio,
que donde se halla vuestro gran discurso,
el es lo mas, y lo demás es menos.
Sé que gusta tu Alteza en casos tales
no ser su parecer de los primeros,
galanterìa que aprendió prudente,
para alcanzar el unico trofeo
de los siete prodigios de la fama,
hijos de Athenas, y su Patrio suelo.
Hecha la salva al menor reparo,
en el mayor à discurir empiezo.
No ay cosa mas dificil, ni mas facil,
que dar à qualquier duda igual consejo;
facil, porque ninguno lo reusa,
dificil, porque raro le dá bueno.
Ya, gran Señor, ha dias que el estado
de Vustra Magestad, por su precepto,
à mi conducta confió en un todo
el civil y politico gobierno,
undoso mar, al parecer tranquilo,
siendo escollo al piloto mas experto.
En este curso, que veloz girando
pasó, qual suele, el fugitivo tiempo,
de observativas varias experiencias
se iluminó algun tanto mi talento:
si bien para el acierto fue tan corto,
que à no buscar las aguas, como el cierbo,
en la fuente divina de las ciencias
mi talento serìa un esqueleto,
como lo fueron los de aquellos sabios,
que ignoraron (llamarlos quiero necios)
que en el te mor de Dios está la ciencia,
qual basa primitiva del cimiento.
Aqui aprendí lo simple de paloma,
y de la sierpe el cauteloso acecho,
con la que distinguir entre los hombres
pude causas ocultas, por efectos:
asi como conoce la experiencia
por la fruta, el que es arbol malo, ò bueno.
Por vuestra vida, gran Señor, os juro;
(que es lo q̃ mas en esta vida quiero,)
que no dibuja el labio mi alabanza,
que eso fuera buscar mi vituperio,
si no es daros indicios de que busco
razon, que à mi razon dé fundamentos.
Yo he tratado à Crisafio y à Paulino
en los nogocios graves del gobierno;
y aunque Crisafio de obice carece,
es Paulino varon aun mas perfecto:
es leal, sin q̃ el premio le estimúle;
noble, sin presunciones de sobervio,
soldado, sin orgullo licencioso;
sabio, sin lo tenáz del argumento;
agradable, sin viso de lisonja;
humilde, sin beatos rendimientos;
y sobre todo, gran Señor, es hombre
capáz de dar y de tomar consejo.
Por lo qual, este solo me perece
digno de tan honroso nombramiento.

Eud. Que Paulino, Señora, leal sea,
muy noble, muy valiente, muy discréto,
conforme vuestro labio lo especúla,
capàz de dar y de tomar consejo,
es cosa tan sabida y manifiesta,
que

que ni el Cesar, ni todo el vasto Imperio
ignoran los que à soplos de la fama,
son de Paulino tymbres verdaderos:
esto, zanjado mi reparo, fundo
en el opuesto mystico silencio,
con que callais aquello que ignoramos,
y nos decis aquello que sabemos.
La razon de dudar es tan precisa,
que no debe, Señora, el ofenderos;
que mi duda no es replica que arguye,
sino es humilde de aprender deseo.
Bien sé que no ignorais que al Rey se debe
con liso estilo hablar nada encubierto,
quando el dudoso punto participa
à su vasallo fiel, ò à su consejo,
(para que ventilada la materia,
se encuentre el facil provechoso medio)
sin reservar la mas leve noticia,
que pueda conducir para el acierto.
Si el Cesar solamente os consultase
à Paulino, Señora, bien penetro,
que no hubiera razon para la duda,
ò por mejor decir, para el recelo
que de Crisafio ya tener esfuerza
indicado, à lo menos del silencio:
que aunque decìs que de obice carece,
no se compone bien quedar depuesto,
sin encontrar lugar en la consulta,
el que ser afirmais digno sugeto;
porque si lo es, ¿porque lugar no tiene?
y si no lo es, no es obice quequeño.
En esta ambiguedad he reparado,
y mas quando en Crisafio noto y veo
todas aquellas partes mas precisas,
que constituyen un varon perfecto;
y tanto que aun mejor que no en Paulino;
de la vengala juzgo el desempeño,
porque á Crisafio enquentro belicoso,
y à Paulino politico mui diestro:
esta es mi duda, y mì voto es este,
vos elegid, Señor, el mejor medio.

Pulq. Que al Rey se deba hablar sencillamente,
con liso estilo, claro y descubieto,
diciendole verdad sin artificio,
pues lo practico, claro lo confiese;
pero decirle lo que no es del caso,
sobre ser necedad, es gastar tiempo.
Yndeciso en dos sendas, ò veredas,
qual estrangero al Cesar estoi viendo,
qual tomará pregunta; y de dos una,
como experimentada le aconsejo:
si la mejor de la que sé le digo,
¿no me direis, Señora, en que lo yerro?
decis queda Crisafio en la consulta
sin lugar, y por eso tan mal puesto,
que indiciado es precisa la sospecha,
fundamentada solo en mi silencio.
Mas que agudo el reparo es cabiloso,
hijo de algun sofistico desvelo:
la vengala, Señora, no es mas que una,
repartirla entre dos es desacierto.
Antes que con el Cesar (Dios le guarde)
contraxeseis, Señora, el Himeneo,
damas nobles, hermosas y discretas,
bien sabeis que à Palacio conduxeron
por orden mia, para que eligiese

ſu Alteza de entre todas el boſquejo
mas de ſu agrado; y aunque todas eran,
cada qual por ſus gracias, digno objeto
de la atencion del Ceſar, en vos ſola
puſo los ojos, ſi yo el penſamiento,
para daros, por ſer la mas perfecta,
la corona Imperial por digno premio:
à vos ſola mi voz celebrar ſupo,
de las otras las gracias omitiendo,
no por malicia, q̃ no pudo haberla;
de elegir entre bueno lo mas bueno.
Si eſto entonces, Señora, fue injuſticia,
à todas agraviando mi ſilencio,
por celebraros unico prodigio,
qual entre luzes ſe celebra à Febo:
elegir à Paulíno, y no à Criſafio
confieſo por delito de mi yerro,
y tan digno de pena, que en mi abono
diſculpa de mi culpa en vano encuentro.

Eud. Aunque el ſimil es propio, me parece.
que ſobre claro, es poco liſongero.

Pulq. Aì vereis que mi eſtilo con los Reyes
es breve, liſo, claro, puro y terſo.

Theo. Apartado os habeis con digreſiones
del punto ſubſtancial del argumento,
y aſi ceſen por una y otra parte
las replicas que tienen otro objeto,
advirtiendo que nunca en la porſia
entra el diſcreto, que no ſalga necio.

Pulq. Pues ya, Ceſaria Mageſtad Auguſta,
mi opinon à la vueſtra ſometiendo,
y à la de Eudoſia como tan prudente,
lo que no ſoi à parecer empiezó
con la preciſa auſencia que me llama
à negocios de no menor empeño,
que no lo fueran ſi lo fueran mios,
quando ſon graves, ſolo por ſer vueſtros.

Theo. Negarme agradecido y engañado
de vueſtra fiel conducta, fuera yerro.

Pulq. Mayor lo fuera el que yo juzgaſe,
que el ſerviros en mi no es lo primero.

Eud. Con vueſtra gran prudencia los quilates
quiſiera que midieſeis de mi afecto.

Pulq. No hai Aſtrolabio que á medir ſe atreva
la maxima que encubre humano pecho.

SCENA II.

Theodoſio, Eudoſia.

Eud. Parece que diſguſtada
va vueſtra hermana Pulqueria.

Theo. En la condicion que es ſeria,
ſignifica poco ó nada
la entereza meſurada:
ella es muger prodigioſa,
diſcreta, afable, amoroſa,
divina beldad humana.

Eud. Reparad que à vueſtra hermana
dais los gages de la eſpoſa.

Theo. ¿Luego tu Alteza, Señora,
de mi hermana tiene zelos?
¡ò que gracioſos deſvelos
tiene amor de lo que adora!
es niño, que facil llora
por lo mas leve ocaſion,
y con pueril ſinrazon
ſe aſuſta ſi oye alabar,
aunque ſea ſin amar

otra

otra qualquier perfeccion.
Mas esta zelosa pena
le da existencia mayor
porque sin zelos amor
es sin miel ruda colmena:
no es buena calma serena
para la nave aprestada,
ni musica concertada
la que las falsas no admite,
ni luz, sino la compite
la sombra mas atezada.
Por eso vuestra pasion
no estraño, Eudosia divina;
que de amor en la oficina
es despacho de caxon:
tampoco la sinrazon
de quien llegais á temer,
pudo, Señora, ofender
à Pulqueria, à vos, ni á mî,
que el zeloso frenesì
hace montes de alfiler.
Eud. Si los zelos solamente
de la vulgar causa fueran,
en mi, Señor, no estuvieran,
que no soy tan imprudente:
son zelos de otra accidente,
que no tocan al vendado,
sino à la razon de estado,
hijos de tan alta ley,
que sienten el ver de un Rey
el poder esclavizado.
Pulqueria...
Theo. Por vuestra vida
que no paseis adelante;
porque no estoi ignorante
de contienda tan reñida.
Vos os hallais ofendida
de que à Pulqueria mi hermana,
la dé la pena inhumana
de que gobierne mi Imperio,
como si en el cautiverio
fuera la cadena vana.
Si tu Alteza experimentase
los afanes que acarréa
el gobierno de una aldéa,
siendo de tan ruda clase,
nò dudo que despreciase
el Imperial que apetece,
à vista de lo que crece
su politico cuidado,
de cuyo afan desvelado
argos de sueño carece.
Si de Pulqueria los brazos
fueron mi cuna primera,
¿que os admira que la quiera
en premio de sus abrazos?
estos cariñosos lazos
no os ofenden, ni es razon
que hagais quexa de mi don,
quando vos tan mejorada,
à Pulqueria dì la nada,
y à vos todo el corazon.
Pulqueria manda mi estado,
yo à Pulqueria, y vos à mi:
cierto que en mi vida ví
enojo tan mal fundado.
Yo pudiera querellado,
darme por mui ofendido,
porque habeis por mas tenido
el oropél del gobierno,
que el Emperador, que tierno
de vos vive poseìdo:
¿Mas que digo? yo querella?
yo enojo? yo sentimiento?
ni aun para quexarse aliento
tiene contra vos mi estrella;
y si atrevimiento en ella
construyera lo elevada,
de su epiciclo arrancada
à influxos de mi desvelo,
baxaria desde el Cielo
à vuestro pies humillada.
Eud. Bien se, Señor, lo que os debo,
no es mi memoria inconstante,

y por esto como amante
à pedir zelos me atrevo:
ellos son de amor el cebo,
como dixisteis, y asi
perdonar debeis en mi
la precision de decillos;
que aquel que pudo encubrillos,
ni sabe amar, ni esta en sì.

El afecto de querer,
con fervores de el amar,
ni del Fabonio aguantar
pudo alhagueño mecer.
Todo le dá que temer,
nada le dexa gustoso,
sino el objeto amoroso,
espejo donde se mira,
por quien llora, y no suspira
de su aliento escrupuloso.

Esto supuesto, Señor,
no os admire, no, que sea
mi deseo qual desea
à mi bien el bien mayor:
vos lo sois, y en el favor
que haceis à Pulqueria, pudo
mi pensamiento, que es rudo,
imaginar el desaire;
mas pues vos la haceis donaire
ni lo alcanzo, ni lo dudo.

Yo no deseo el mandar,
ser mandada si deseo;
mas este digno trofeo
solo à vos pudo llegar.
A Pulqueria el motejar
desde aqui, Señor, no aspiro,
y mas quando en ella miro
el ya divulgado intento
de buscar en un Convento
el mas christiano retiro.

Theo. Esa es una voz, que vaga,
de fundàmento carece.

Eud. Asi dicen lo apetece;
mas aunque asi no lo haga,
ni me irrita, ni me halaga.

Theo. Sea lo que fuere, ahora
responderos, gran Señora,
no puedo, porque es el dia
de la Sacra Epifania;
y de ir à la Iglesia es hora.

Eud. Yá la guardia está rendida
y la grandeza os espera.

Theo. Por no dexaros, quisiera
que estuviera recogida.

Eud. Guarde el Cielo vuestra vida
para honor de esta corona.

Theo. Si ha de ser con lo que abona
mi cariño, que sois vos..

Eud Mil años os guarde Dios.

Theo. Muchos mas vuestra persona

SCENA III.

Eudosia sola.

Eud. No hai alhaja mas preciosa,
que la que es apetecida,
aunque el merito la falte,
que la dá la fantasìa.

Mientras que la posesion
el quilate no descifra,
por el brillo de un cristal
el diamante desestima.

No hai razon que à la razon
pueda dar leccion mas viva,
que la posesion le dá
al deseo, que le incita.

Yo confieso, que el regir
una vasta Monarquia,
será, segun todos dicen,
centro de inmensas fatigas.

Pero mientras que no llega
de teorica tan sabida
la practica que deseo,
¿que ciencia será la mia?

Podré decir lo que dicen,
delirando, qual deliran

en

en decir mal, como todos,
de lo que todos estiman.
¿Que no vea yo à ninguno
de los que al mando destinan,
que no apetezca gustoso
un tan decantado acibar?
Qué será? ¿será obediencia
à su Rey, por quien se anìman,
à buscar el bien comun
à costa de su fatiga?
Lo que debe ser es esto:
no averiguo si practican;
porque mal sin experiencia
lo averigua la malicia.
Pulqueria con el manejo
se halla tan bien avenida,
que aunque dice que la pesa,
parece que no la agrima.
Todo por su mano pasa,
ella se halla obedecida,
y creo que antes que à mi
todos la hincan la rodilla.
Si yo quiero hacer mercedes,
han de ser tan de justicia,
que no ha de tener la gracia
la licencia mas concisa.
No dudo que yo la debo
el haber sido elegida
para esposa de Theodosio,
entre bellezas mas dignas.
Tampoco de mi progenie
la sobervia mal nacida
desvanecer pudo en mi
memorias que fiscalizan.
Lo primero que en Athenas,
cientifica madre mia,
aprendi, fué à conocer
que nací desconocida.
Desde la choza al Palacio
parece que hai infinita
distancia, y en mi se vé
que es una sofisterìa.
Todo esto bien lo conozco,
mas no puede el alma mia
sosegar, mientras desea
alcanzar lo que porfia.
Quando no lo conociera,
es Pulqueria tan altiva,
que si yo olvidar supiera
ella me lo acordaria.
Buena experiencia hai de mi
oy: en este mismo dia
experimenté que el Cesar
su General promovia.
Entre Crisafio y Paulino,
dudaba el Cesar, y altiva,
con el simil de mi ascenso,
à uno eleva, y à otro humilla.
Disimular fue preciso
medio, que al fin me destina
para que el tiempo, y la industria
cadenas que arrastro liman.
Y pues Theodosio me adora,
tenga paciencia la envidia,
que el amor hace milagros,
si la industria le apadrina.
Muger soy, sabré fingir,
el mismo sexo me inclina:
si ella dél se aprovechare,
que venza quien mejor finja.

ACTO III.

SCENA I.

Paulino y Layo.

Paul. Mucho el dolor me fatiga.
Layo. Aqui sentaros, Señor,
podreis para descansar,
y entre tanto podre yo

ir

ir por la ſilla de manos
à caſa.
Paul. ¡Valgame Dios!
Layo. Parece que cada inſtante
mas os aprieta el dolor.
Paul. Si, Amigo, y es de tal ſuerte,
que ſolo en eſta ocaſion
he ſentido de la gota
el tormento mas atroz;
pues parece que en la pierna,
todo el fuego introdució
del edificio Troyano
el mórbido infiel Synón;
mas aunque mucho me aflige
eſta pena, no es menor
la que por otro camino
combate mi corazon.
Layo. Por eſo dixo un diſcreto,
que un mal ſolo, qual traydor,
ſi no viene acompañado,
pocas veces ſe atrevió;
mas vueſtra pena ſegunda
no puedo adivinar yo.
Paul. ¿Es poſible, Layo, Amigo,
que ignoras mi corazon?
y al cabo de tanto tiempo
que me ſirves, y que yo,
como à hijo, y no criado
te traté; ¿tu comprehenſion
no conſidere, no advierta
que eſte exquiſito dolor
que ſiento en el pecho, nace
de no haber podido (ay Dios!)
ir acompañando al Ceſar,
que ya en publico ſalió
de Santa Sofia à la Igleſia,
por ſer, como ſabes, hoi
dia de los Santos Reyes,
Epiſania de Dios,
à quien el Latino ſabio
manifeſtacion llamó?
¿no es eſta cauſa baſtante
para un Vaſallo, qual ſoi
tan amante de ſu Rey,
tan querido de ſu amor?
diſcurrì que deſde luego
ſacaſes la concluſion
de un argumento leal,
que replica no admitió.
Layo. No puedo negar que fue
gran falta de reflexion;
y mas quando ſiempre vì
que eſe afecto ſuperior
ſupo dominar dolencias,
y aun dominaros à vos.
Paul. O Layo! como te vales
de lo que una vez mi voz
te dixo ſi no me engaño,
en otra igual ocaſion.
Layo. Mal pudiera de otra forma
parecer diſcreto yo;
y mas quando en eſte caſo
faltaba la imitacion,
principal regla del Arte,
Anacoreta invencion.
Paul. Eudoſia la Emperatriz
hácia aqui viene; y pues no
puedo eſtár en ſu preſencia
ſentado, ni mi dolor
permitirá eſtár en pie,
vamos de aqui; ¡mas ay Dios,
que no puedo dar un paſo!
ò vida humana, à quien dió
la naturaleza debil
robuſta la propenſion!
Layo. Pues ya que andar no podeis,
à buſcar la ſilla voy.
Paul. Segun eſtoy, me parece
que eſo ha de ſer lo mejor.

* *
*

SCENA II.

Pulqueria y Paulino.

Pulq. No te levantes, eſpera,
que ya sé que fatigado
de la gota eſtás; y fuera
mas que Mageſtad, quimera,
uſar de menos agrado.
Dioſes de la tierra ſon
los Reyes, y pues que ví
Dios diſpenſa en la ocaſion
que enferma el hombre, razon
es el diſpenſar en mi.
No conſiſte la grandeza
de la Regia Mageſtad
en una eſquiva entereza,
que ſe niegue à la fineza
de una dulce ſeriedad.
No ha de ſer fiera que eſpante
Rey que los hombres domína,
que ſi el Rey es arrogante,
el Vaſallo mas conſtante
al monte el paſo encamina.
Poco reyna el Rey, que altivo
domìna muchas Regiones,
ſi con piadoſo atractivo
no grangea apreciativo
el Reyno de corazones.
¿De ſer quien ſoy dexo yo
porque delante de mi
ſe ſiente un enfermo? no:
antes bien conſigo yo
reynar dos veces en ti.
Eſto quiero practicar
para mi mayor lucir,
honrarme quiero en honrar:
de Reyes es propio el dar,
de Vaſallos recibir.
Paul. Vueſtra mucha diſcrecion,
y no menor Criſtiandad,
con lo que pudo objecion,
añade nuevo blaſon
à la Regia Mageſtad.
En ſu Trono Real ſentado
el grande Alexandro un dia
halló à un herido Soldado,
que caſi ya deſangrado
levantarſe no podia.
El Monarca condolido,
olvidando lo ſevero,
con real pecho enternecido,
dexó ſentado al herido,
y le ſirvió de enfermero.
Eſto que en él fue laudable,
y digno de admiracion,
en vos es mas admirable,
porque en el fue compenſable,
lo que en vos precioſo dón.
Porque ſi herido el Soldado
por ſu Rey daba la vida,
no fue mucho, con agrado
de Alexandro fueſe honrado,
como cauſa de la herida.
Yo padezco una dolencia,
hija de mi sér mortal,
y vueſtra mucha clemencia,
parece que à competencia
la quiere hacer natural.
Ojalá fuera mi aliento
tributo de tal favor,
para que aſi el penſamiento
no padecieſe el tormento
del negativo dolor.
Pulq. La mas eficáz razon
la dá ſiempre la experiencia;
ella dixo en la ocaſion
de vueſtro fiel corazon
el honor de ſu excelencia.
Paul. Con eſe favor dichoſo
ningun daño temeré.
Pul. Bien puedes, ſi el malicioſo

no

no te acumula envidioso
la falta del no sé qué.

Paul. Si mi enemigo no sabe
abultar mas mi delito,
no sé qué, no es cosa grave;
y en el hombre siempre cabe
ese comun sobre escrito.

Pulq. El que un rio pasar quiere,
con gran temor pisa el vado,
no se arroja, sino infiere,
en cada paso que adquiere,
dexar su orgullo burlado.
Asi el que mira, envidiando
la corriente de una dicha,
poco à poco va ideando,
por el no sé qué empezando
la mas estraña desdicha.

Paul. Si Eudosia aqui no viniera
sobre el asunto propuesto,
yo Señora, os respondiera,
que si ese caso se diera
quedaba yo mas bien puesto.

Pulq. Eso no llego à entender.

Paul. Pues es facil de advertir,
porque siempre el merecer,
mucho mas que el obtener
llegó mi pecho à elegir.

SCENA III.

Paulino, Pulqueria y Eudosia.

Eud. Paulino, no te levantes,
sientate ya, y considera
que no añade mi respeto
circunstancia al de Pulqueria.
Iguales son en un todo,
si se mide con la alteza
de la Magestad, que al Trono
nuestras dos frentes eleva.
Esto digo, por hacerme
la merced que no debiera,
porque si el merito mide
en el adoro à su Alteza.
Yo subì al Monte del Valle,
siempre en la cima Pulqueria
fue atalaya dominante
de la roca mas suprema.
Esto supuesto, bien puedes
sin turbarte mi presencia
el disfrutar por enfermo
su cariño y mi fineza.

Pulq. Vuestra propuesta, Señora,
ningun camino me dexa
para poder dignamente
responder como debiera.
La comparacion odiosa,
aunque sea la modestia
quien la proponga, se vé
ser de la discordia prenda.
Si à conceder me dispongo,
agravio vuestra Grandeza;
si niego, niego lo mismo
que concede la existencia.
Politica llaman à esto,
mas es politica necia
gastar el tiempo en palabras,
que ninguno las aprecia.
El que las oye ya sabe
que son lisonjas caseras;
y que el decirlas no mas
al que las dice le cuestan.
Por eso, Señora, elijo
apartar de la propuesta,
si el pensamiento à la duda,
à la respuesta la lengua.
Lo que solo decir puedo,
es, que soy del todo vuestra;
y que el serlo sin lisonja
el alma me lisonjea.

Paul. Al bien templado instrumento,
de palabras tan discretas,

parece que se permite
mi enfermedad menos terca.
Pulq Te hallas mejor ?
Paul. Si, Señora;
pero no tanto, que pueda
omitir el disfrutar
la permitida licencia.
Mas yo creo si sutiles
vuestros discursos se elevan,
à la dulce consonancia
será salud la dolencia.
Pulq. Se parece esa lisonja
à la que apuntada queda.
Paul. No es lisonja, gran Señora,
la que realidad se prueba.
Muchos exemplares pueden
de mi verdad ser defensa,
sin que le falte el apoyo
de la pagina suprema.
Saúl, el Rey de Israel,
à la sonora cadencia
el espiritu domaba,
que le daba cruda guerra.
De Damon dice Galeno,
que de su lyra la cuerda
la locura de un mancebo
pudo enfrenar su cadencia.
Peon Medico à un enfermo
que se hallaba ya en estrema,
que le cantasen mandó,
y sanó con la receta.
Bien sé que direis, Señora,
que hay notable diferencia
del discurrir al cantar,
de palabras à cadencias;
Pero de aì el argumento
nace de la mayor fuerza,
lo que va desde un sentido
à la racional potencia.
Si la musica es capaz,
con lo que suave deleyta,
entrando por los sentidos,
aliviar una dolencia.
El intelectual discurso
en conversacion discreta,
en el alma y en el cuerpo
alivia quanto penetra.
La consonancia sentidos
animaticos alegra;
mas el dulce entendimiento
el alma y cuerpo deleyta.
De las pasiones del alma
al cuerpo nacen dolencias,
con que el todo por la parte
tomando, todo se enmienda.
Del Medico de mas fama
la mejor salud se espera;
cotejad qual es mejor
entre sentido y potencia.
Pulq. Al sofistico argumento
mucho responder pudiera;
pero no hay tiempo, que ya
à Palacio llega el Cesar.
Paul. Sobre un nevado Cisne generoso,
de marfil animado promontorio,
mejor que el de Alexandro Bucentorio,
se dexa vér el Cesar belicoso.
Diseño de la vista delicioso
de sus Vasallos es al consistorio;
tanto que de su amor gratulatorio
señas dan con el viva cariñoso.
Ya se acerca à Palacio, ya se apea,
ya los Satrapas llegan al estrivo,
ya el bruto alborotado se escarcea.
Ya sube la escalera, y à su arribo
el tapete su planta lisonjea,
quedando de besarla mas altivo.

SCENA IV.

Paulino, Pulqueria, Teodosio, Eudosia y Tropa de Cortesanos.

Paul. Mil veces, Señor, rendido
vuestros pies beso humillado;
¡mas ay de mi, desdichado!
que del dolor oprimido
no puedo llegar (¡ò Cielos!)
à vuestras invictas plantas.
Teod. No te causen penas tantas
esos rendidos desvelos,
que si el achaque embarazos
dispone, porque se aplaque
valido del mismo achaque,
mi amor te ofrece los brazos.
Eud. Expresion tan cariñosa
merece tan fiel Vasallo.
Paul Meritos en mi no hallo
para dicha tan gloriosa.
Teod. Meritos te dió la ley
que profesas à mi amor:
tu eres del Rey acreedor,
razon es te pague el Rey.
Amor con amor se paga
dice el adagio vulgar,
con amor te he de pagar;
porque asi te satisfaga.
Tu dueño soy natural;
pero si en amar me excedes
con lo mucho que me quieres,
vengo à ser tu desigual.
El que es verdadero amor,
quiere amar y ser amado,
y sin esto, mal pagado
executa à su deudor.
Como Vasallo tu ley
supo amar quanto alcanzó,
excederte quiero yo,
y ser en amarte Rey.
Otro Vasallo mejor
que tu no le encontraré,
ni tu encontrarás, à fé,
otro Rey con tanto amor.
Y porque el vasto Emisferio
sepa el perfecto reynar,
consiste en el conquistar
corazones à su Imperio.
Yo mismo te he de llevar,
sirviendote de bracero,
donde el dolor tan severo
puedas un rato aliviar.
Y aunque digo que conquisto
corazones, no es el tuyo,
que en el mio bien arguyo
lo que tan claro se ha visto.
Dar à todos exemplar
quiero de mi proceder,
para que lleguen à vér
lo que no deben dudar.
Si del Rey, al vivo exemplo,
todo el Orbe se compone,
y el Rey amar no dispone,
que no es amado contemplo.
Si corazones desea
el Rey, con razon arguyo,
que no ha de tener el suyo
à donde nadie le vea.
Quiero decir, que es preciso
su corazon generoso,
de tal qual vez amoroso
dè su cariño algun viso.
Deste modo reynará
desde el uno al otro Polo,
y por un corazon solo
infinitos ganará;
Dame la mano Paulino.
Paul. Perdoname, gran Señor,
que de tan alto Tabor
no soy digno.
Teod. Pues si no

... yo muy bien que la vida
dieras por mi amor ufano;
¿qué haré yo en darte la mano
por fineza tan cumplida?
Paul. Dar la vida por ſu Rey
es ley de qualquier Vaſallo.
Teod Y de agradecerlo, hallo
al Rey le obliga la Ley.
Paul. ¿Què dirá la Mageſtad
con exceſo tan notable?
Teod. Dirá, que el ſer agradable
puede qualquier ſeriedad.
Paul. Vos ſois mi Rey ſoberano,
yo vueſtro humilde Vaſallo:
pues que tan alto me hallo
no me dexeis de la mano.
A temer, Señor, convida
la fortuna deſde aqui,
quanto hay que ſubir ſubì,
mucho temo la caída.
Quando el Sol llega à tocar
el zenit de ſu lucir,
como no hay mas que ſubir,
luego empieza à declinar.
No es mucho, no, que à dudar
empieze de mi fortuna,
y que ſu creciente Luna
deſde hoi empieze à menguar.
Perdonadme, gran Señor,
y no Vueſtra Mageſtad
eſtrañe que mi humildad
ſe ciegue à tanto explendor.
Teod. ¿Mi fineza has de pagar
con una deſconfianza?
Paul. El dia de la bonanza
es víſpera del peſar.
Eſto, Señor, no es mal pago,
que temer la eſtrella dura
puede, Señor, mi cordura,
ſin temer de vueſtro alhago.
Aſi como en alta Torre
el Alarife ſu vida,
por temor de la caída
de una cuerda la ſocorre,
Aſi, Señor, de tu mano
ſe ſocorre mi eſperanza,
y ſin ſer deſconfianza,
apetezco el paſo llano.
Nunca tan alto ſubí;
¿qué mucho es que la Region
eſtrañe mi complexion
en donde nunca me vì?
La deſconfianza mia
nace, de que ſi elevada
mi humildad ſe vé, olvidada
delire la fantaſia.
Eſtos fueron mis temores,
mas ſi os enojan, Señor,
no tendré ya mas temor
de tan ſupremos favores.
Teod. Vén, que mi amor te aſegura,
no tienes que recelar.
Paul. A quanto pudo llegar
llegó, Señor, mi ventura.
Teod. Vén, Paulino.
Paul. Soy tu eſclavo.
Teod. Que hacer à mi amor no queda
Paul. Si queda.
Teod. Què?
Paul. Que à la rueda
la pongais, Señor, un clavo.
Teod. Yo ſe le pondré, y tan fuerte,
que no pueda la fortuna
ſerte ſu rueda importuna
haſta que llegue la muerte.

SCENA V.

Eudoſia y Pulqueria.

Eud. Honras ſon bien merecidas
las que el Ceſar dá à Paulino.

Pulq. Es un Villano muy mio,
y de prendas tan ſubidas,
que ſon de todas tenidas
en grado muy exceſivo.
Eud. Aſi tambien lo concibo;
Vamos al Ceſar ſiguiendo?
Pulq. Vamos, y os iré ſirviendo,
en que gran guſto recibo.

ACTO IV.

SCENA I.

Criſafio y Emorbio.

Criſ. Por ſer dia en que la Igleſia
celebra los Reyes Santos,
que à Belèn deſde el Oriente
felizmente caminaron.
Aplaudido de la Plebe,
de los Nobles cortejado,
al Templo de Santa Sofia
oy fue el gran Ceſar Criſtiano.
Alli oyó Miſa, y devoto
el Real exemplo tomando
de los tres Reyes de Oriente,
ſe hizo de Dios tributario.
Acabada ya la Miſa,
para tomar el caballo
ſalió el Ceſar à la puerta,
y ſu cariño à los labios.
En eſta ocaſion un pobre,
no quiero decir villano,
que ſi el gaban lo confieſa,
ſu proceder lo ha negado.
Llegó, como digo, al Ceſar,
y entre reſuelto y turbado,
el entendimiento decia
lo que callaba ſu labio.
Suſpendieronſe los Nobles,
detuvo el Ceſar ſu paſo,
y los ſoldados de Guardia
quiſieron atropellarlo.
Al Capitan de la Guardia
miró el Ceſar enojado,
remedio que facil puſo,
aun mas que ſilencio, paſmo.
Sin excepcion de perſonas
qualquier Rey eſtà obligado
à dár Audiencia, aunque ſea
ſi ſe la piden al paſo.
Tomó aliento el labrador
y el Ceſar, con dulce agrado,
le preguntó, que queria,
dandole ſu regia mano.
El ſe la besó, y deſpues
con eſtilo liſo y llano,
le dixo: yo ſoy, Señor,
pobre miſero Hortelano:
En mi Huerta, Dios bendito,
tengo, Señor, un manzano,
que à ſu tiempo mas que de hojas
eſtá de fruto poblado.
Solo ogaño eſtuvo pobre;
mas aunque pobre, no tanto
que en una ſola manzana
mucho fruto no haya dado.
Eſta es, Señor, la manzana;
y de ſu gaban ſacando
la manzana que decia,
fue de todos nuevo paſmo.
Es disforme por lo grande,
color blanco y encarnado,
tan hermoſa, que pudiera
ſer del mundo nuevo eſtrago.
Tomadla, Señor, que à Dios,
(proſiguió el buen Hortelano)
y al Rey es à quien ſe debe
dar lo mejor y mas ſano.
Tomóla el Ceſar guſtoſo,
y con ſuave agaſajo

alli

alli mandó se le diesen
en oro dos mil ducados.
Del Cesar la dignacion,
y sencillo del regalo,
fue de todos los presentes
igualmente celebrado.
Los dos à correspondiencia
cumplieron Rey y Vasallo,
quedando el uno servido,
como el otro bien pagado.
Fuese el buen hombre à su casa,
y el Cesar à su Palacio,
habiendo entregado antes
la manzana à mi cuidado.
No sé con que fin la guarda.
Em. Aguarda, Señor, que Layo
el criado de Paulino
hácia qui mueve los pasos.

SCENA II.

Layo, Crisafio y Emorbio.

Layo. Gracias à Dios que os hallé,
Señor Crisafio, que à fé
que me cuesta buen cuidado.
Cris. ¿Pues para que me has buscado?
Layo. El para que no lo sé,
solo deciros podré,
que el Cesar (que el Cielo guarde)
de su amor haciendo alarde,
que profesa à mi Señor
Paulino; con fino amor,
hallando que enfermo estaba,
y que impedido se hallaba
para dar un solo paso,
condolido de este caso
en su camara le entró;
à cuyo tiempo llegó
el Medico de su Alteza,
el que con gran entereza
dixo que era de cuidado
el dolor, y que evacuado
importaba que alli fuese
de sangre, para que hiciese
refrenar la irritacion
del humor, y al corazon
no subiese; con que al punto
se halló el aparato junto,
y estando el Cesar delante,
la sangria en un instante
se hizo: y por no molestar,
dexo, Señor, de contar,
despues de muchos favores,
los cariñosos temores
en que quedan cuidadosos
los reales y generosos
pechos del Cesar, Pulqueria
y Eudosia: y à la materia
voy de veniros buscando:
y esta consiste, en que quando
la sangria se acabó,
el gran Cesar me mandó
que os buscase y os dixese,
que vuestra persona fuese
al instante à su presencia,
con que yo con diligencia
todo el Palacio he corrido,
y de no hallaros, perdido
casi impaciente me vi,
hasta que llegando aqui
consigo, habiendoos hallado,
daros, Señor, el recado
à que el Cesar me envió.
Cris. El cuidado estimo yo.
Layo. Cumplo con mi obligacion.
Cris. Bien merece galardon
cumplir con tanto cuidado.
Layo. Me precio de buen criado.
Cris. Pues que del Cesar lo soi,
à ver que me manda voi.

SCE-

SCENA III.

Pulqueria y Layo.

Pulq. Layo?
Layo. Señora.
Pulq. Què es esto?
¿con tan grave negligencia
te olvidas de la asistencia
de Paulino, que indispuesto
se halla en la cama?
Layo. En esto
no le falto, pues enviado
fuì del Cesar à un recado;
y antes que mi Amo es el Rey.
Pulq. Pues cumpliste aquesa ley,
vé à cumplir la de criado.

SCENA IV.

Pulqueria sola.

Pulq. Cansada de asistir
à los negocios arduos,
que en el gobierno son
civiles y politicos cuidados.
A solas he querido
tomar algun descanso,
hurtandole al gobierno
à mi pesar lo breve de este rato.
Siento el tiempo que corre,
y que si en él me paro,
preciso es que el relox
del Real gobierno tenga grave atraso.
Si el Sol, Alma del Orbe,
parase sus caballos
lo breve de un instante,
todo el mundo se viera conturbado.
Lo mismo à un Rey le pasa,
Alma de sus Vasallos,
que viven mientras viven
las luzes que dispensa su Zodiaco.
Por eso el Rey y el Sol
para tomar descanso
sus luzes substituyen.
El Sol en Luna, el Rey en su Privado.
Mas yo que no soy Rey,
ni menos Sol, me hallo
à gobernar, Monarca
de un Imperio los ambitos espacios.
¿Quien, Cielos, me ha metido
en este infausto Caucaso,
qual nuevo Prometeo,
à ser del aguila voráz sangriento pasto?
Amor que al Cesar tengo
es solo el que ha llevado
mi corazon à ser
de la cadena de oro triste esclavo.
Que mucho si de cuna
mis amorosos brazos,
sirvieron al nacer
del mas leal, seguro y fiel descanso.
En ellos de las sierpes,
y venenosos lazos
triunfó mejor Alcides
con los prudentes medios de mi ensayo.
Creció, y creció mi amor,
en todo tan hermanos,
que si él es un Briaréro,
el mio es un gigante Centimanos.
Por eso al ver que Atlante
se hallaba fatigado
del peso del gobierno
qual Hercules cargué con su aparato.
No falta quien murmure,
y diga desquiciado,
con femeniles fuerzas

se

se ha de venir el Cielo todo abaxo.
Mis femeniles fuerzas,
sin el baiben, diez años
mantuvo en equilibrio
todo el gobierno deste Imperio vasto.
Con esta prueba niego
al envidioso labio
el credito que usurpa
al sexo que acredita lo que mando.
Si castigar quisiera
juicios tan temerarios,
bien facil me seria,
con dexar el gobierno entre sus manos.
Dexarlo solicito,
mas esto ha de ser quando
el Cesar, que oy es mozo,
esté de la experiencia acompañado.
Confieso que deseo
pacifico descanso;
pero esto es imposible
mientras me altera el pecho un sobresalto.
Nestorio, aquese Obispo
que intenta ciego y vano,
con su doctrina nueva
dexar aqueste Imperio inficionado.
Es causa del recelo
que tengo, imaginando
que asi que me retire
la cisma que oy sofoco, irá brotando.
La Emperatriz Eudosia,
parece que inclinando
su juicio al de Nestorio,
tiene ya su real pecho cancerado.
Del Cesar y Paulino
no temo, mas Crisafio
de Eudosia sigue el tema
con que los dos peligran por dos lados.
Esta causa me mueve
à no dexar el mando,
que fuera en mi mas culpa
no evitar quando puedo tal pecado.

SCENA V.

Teodosio y Pulqueria.

Teod. Pulqueria, hermana mia,
columna de mi basta Monarquia,
partir contigo quiero el sumo gozo,
que tengo del destrozo,
que han padecido en el mar y tierra
los dos Reyes que publicaron guerra
contra el Imperio osados,
faltando à los capitulos firmados.
El Serraceno queda destruìdo,
del hambre y sed su Exercito oprimido;
y el Persa Barabanes anegado
en el inmenso pielago salado.
Esta carta me avisa por extenso
la noticia que alegre te dispenso,
para que aplaudas la Divina mano
de aquel Rey Soberano,
que Omnipotente, por la causa nuestra
quiso volver su poderosa diestra.
Parece que suspensa te has quedado.
¿No te debe mi afecto mas agrado?
Pulq. Estaba imaginando
que el Cielo en vos, ò Cesar, va forjando
con beneficios de su eterno Erario,
un Heroe contra el perfido adversario,
que contra el mismo Cielo se levanta,
el tósigo vertiendo su garganta
del

del nuevo cisma, que plantar intenta.
Nestorio digo, ese que sustenta
con barbaras simplezas,
que no hai en Christo dos naturalezas.
Este es del Cielo enemigo claro;
y pues los vuestros su Divino amparo
supo postrar con brazo poderoso,
sed vos con èl amigo generoso,
que no es bien, quando puede vuestra mano,
negar al Cielo, pecho que es Cristiano,
retribucion debida
en victoria del todo tan cumplida.
Esa carta, Señor, es del Romano,
sucesor de San Pedro Soberano,
contra Nestorio en ella se declara;
de vos la Iglesia, gran Señor, se ampara.
cotejad las dos cartas, y en un dia
hallareis que la excelsa Monarquia
de vos con buenas cartas se ha fiado:
y pues dispensa el premio anticipado,
sabed, Señor, que puede, si se enoja
deshacer el laurel hoja por hoja.

SCENA VI.

Theodosio y Eudosia.

Teod. Esperad, oìd, Pulqueria.
Eudos. ?Què es esto, Señor?
Teod. Eudosia?
Eudos. Pesame el haber llegado
en ocasion tan forzosa,
que al parecer disgustada
encuentre vuestra persona.
Teod. A estarlo, vuestra presencia
bastaria, (ò gran Señora!)
à que mi mayor disgusto
se convirtiese en lisonja.
Desde que mi frente augusta
ciñó la sacra corona,
no me acuerdo haber tenido
dia de tan altas glorias;
en èl parece que el Cielo
su condicion generosa,
por darlo todo en un dia
oy las dichas amontona.
Eudos. Pues ya me alegro, Señor,
de haber llegado en buen hora.
Teod. Para mi, mientras os veo
son buenas todas las horas.
Eudos. Vivais edades, Señor,
eternas, como dichosas.
A daros gracias venia
de la fineza amorosa
que os ha debido mi fé
en el regalo:::
Teod. O Señora!
no merece que le deis
ese titulo; memoria
de mi fina voluntad
podeis llamarle.
Eudos. Hermosa
es la manzana; y tanto
que de su tamaño otra
no me acuerdo haberla visto.
Teod. Al salir de Santa Sofia
esta mañana de Misa,
por rara y especial cosa
me la dió un pobre Hortelano
con humildad cariñosa;
y à Crisafio mandé luego,
que como à Reyna de todas
las maravillas del Orbe,

(aque-

(aquella unica y sola
en su especie) à vuestras Aras
sacrificase dichosa;
que oblaciones singulares
no se deben dár à otra
Deidad, que no se acredite
de singular entre todas.
Eudos Por el titulo, Señor,
era Pulqueria acreedora,
pues es de las maravillas
la maravilla de todas.
Teod. No me digais de Pulqueria,
que es su entereza de forma,
que me tiene disgustado.
Hablémos pues, de otra cosa:
decidme, por vida mia,
¿la manzana era sabrosa?
correspondia al tamaño
su dulzura? Qué os asombra?
parece que os ha turbado
mi pregunta; si os enoja
mudaré conversacion.
Eud. La novedad que en mi nota
vuestra admiracion, consiste
en la satisfaccion corta
que indica vuestra pregunta
de la estimacion notoria
que hace mi cariño de
vuestra fineza amorosa.
Teod ¿Conque segun eso, vos
os la comisteis?
Eud Sabrosa
me supo brindar el gusto
con su dulzura, de forma,
que parece que en saber
me vino à pedir de boca.
Teod. Yo me alegro de que fuese
tan dulce.
Eudos. Ya, Señor, goza
de su poquito de agrio
con pregunta tan ociosa.
Teod. Ya entiendo lo que decis,
nó haya mas (ò bella Eudosia!)
que no es razon que esta sea
manzana de la discordia;
y no merece castigo
curiosidad que es tan corta.
Eudos. ¿A donde vais, gran Señor?
Teod. A esta carta, que de Roma
el Papa me escribe, voy
à responder.
Eud. Esa corta
ausencia siente mi amor.
Teod. Porque el mio corresponda,
en escribiendo la carta
volveré à ser mariposa.

SCENA VII.

Eudosia sola.

Eud. Valgame Dios, y que de tropelìas
en varias fantasìas, mi discurso,
con vacilante curso amotinados
los sentidos turbados, mal distintos,
fluctúan laberintos cautelosos,
de caminos dudosos, con rezelo
de perder su desvelo con la vida,
al mayor mal la mas felìz salida.
La manzana (ay de mi! yo estoi turbada,
del Cesar celebrada y aplaudida,
y à mi poder venida por fineza
de la mayor grandeza de su mano,
con estilo el mas llano (infiel destino)
la regalé à Paulino, por lo raro;
y sin hacer reparo (ley funesta)
al Cesar dí siniestra la respuesta.
Si el Cesar que es zeloso en sumo grado,

ſabe que enagenando ſu fineza,
ſobre la ligereza cometida
de haber inadvertida (què tormento !)
dicho con falſo aliento tanto engaño,
recelo que algun daño ſe me ſiga ;
y contra mi conſiga eſtrella ayrada
hacerme de dichoſa desdichada.
¡O lo que yerra accion precipitada !
que mal aconſejada en lo que obra,
rara vez ſe recobra en el eſtado
que tuvo , ſin cuidado ſu repoſo.
¡O pecho cuidadoſo ! ¡ò lance fiero !
¡ò hado el mas ſevero ! ¡ò penſamiento !
no fatigues mi aliento confundido,
que no es delito un yerro inadvertido.
¿Què importará que el Ceſar ¡ò cuidado !
de que à Paulino he dado la manzana,
llegue verdad ufana à ſu noticia,
ſi no cabe malicia en la perſona
que el Ceſar miſmo abona? mas oy, Cielos,
no nacen mis recelos de eſte aſunto ;
porque donde eſtá el punto de mi daño
ſolamente conſiſte en el engaño.
¡O manzana cruel ! ò fementida!
preſagio de mi vida conturbada;
al talamo arrojada por la Dioſa,
de mi bien envidioſa , porque ſea
de la diſcordia idéa conſequente,
à la primer ardiente voráz flama,
plegue à Dios , que la llama que oy ſe funda,
no dexe mayor fuego en la ſegunda.

ACTO V.

SCENA I.

Teodoſio y Layo.

Layo. Deme vueſtra Mageſtad
à beſar ſus reales plantas.
Teod. Alza , Layo , y dime preſto
que hai de Paulino ? que el alma
eſtá eſperando noticias
de ſu ſalud reſtaurada.
Layo. No lo eſtá , Señor , del todo ;
pero mejorado ſe halla.
Teod. ¿Qué traes en eſa vandeja?
Layo. No me atrevì à deſtaparla ;
y aſi , Señor , no podré
decir lo que en ella ſe halla ;
que para el reſpeto mio
ſaber que à vos viene , baſta.
Paulino , Señor , mi Amo,
à vos me envia y me manda,
que à vueſtros pies generoſos
ſacrifique ofrenda eſcaſa,
ſi no digna por precioſa,
eſtremada por lo rara.
Teod. Llega , Layo , por tu vida,
veré con que me regala
Paulino , que ſiendo ſuya
(y en la ocaſion en que ſe halla
fatigado del dolor
en el potro de la cama)
aunque no ſea precioſa
ſerá fineza eſtremada.
¿Mas qué miro , Cielos Santos!
no es eſta aquella manzana
que hoi me dió aquel Hortelano,
y yo à Eudoſia (pena rara)
re-

remití como fineza
de mi amorosa eficacia ?
¿como Paulino la tiene ?
¿y cómo Eudosia me engaña ?
¡ò pena la mas cruel !
ò duda la mas ingrata:::
Layo. Admirado al parecer,
vuestra Magestad se halla
de lo esquisito y precioso
de tan graciosa manzana.
Teod. No habeis discurrido mal ;
y asi, ponedla tapada
sobre esa mesa, y decid
à Paulino, que es tan alta
la fineza del regalo,
que mi Magestad Cesarea
es quien puede solamente
prevenir la digna paga.

SCENA II.

Teodosio solo.

Teod. ¿Qué es esto, divinos Cielos ?
¿què es esto, aleve fortuna ?
¿asi los bienes se acaban ?
¿asi las dichas se mudan ?
En un dia solamente,
¿cómo la flor que madruga,
nace, crece y se marchita,
olor, fragancia y frescura ?
Qué es esto ? vuelvo à decir ;
¿pero qué necia pregunta
es querer que me responda
segunda vez una injuria ?
Valgame Dios, ¡qué marciales
en mi pecho noble luchan
ecos de honor y venganza
en el campo de una duda !
Es posible que en Eudosia
caber pudo::: ¡ò lengua injusta !
calla, cesa, y no atrevida
manches el Sol que me alumbra.
¿Pero qué importa (ò dolor !)
que mi lengua quede muda,
si el mismo honor que la enfrena
es el mismo que la impugna?
Si callo el daño, consiento ;
si lo digo, me deslustra:
con que indeciso, no tomo
de dos veredas la una.
Ello es preciso (ay de mi !)
elegir de las dos una ;
y pues à solas estamos,
honor, salgamos de dudas.
Todo el dolor que te incita,
todo el temor que te asusta
consiste en vèr que otra mano
tu mismo fruto disfruta.
O vil recelo, traydor,
infiel lengua tartamuda,
que dices lo que no sabes,
sin saber lo que aseguras.
Que à Paulino regalase
la Emperatriz, con segura
fé de ser mi Amigo y deudo,
la manzana no la imputa.
Bien se dexa conocer,
que no hai malicia, que arguya
contra una sinceridad,
que el temor no la conturba.
Porque es clara consequencia
que à la sospecha deslumbra,
que no me enviára Paulino
el testigo de mi injuria.
Bien hasta aqui caminaba
el discurso, si sañuda
una memoria no hiciese
perder al norte la abuja.
Quando à Eudosia pregunté
por la manzana, con una
respuesta bien desabrida

 me

me respondió sin cordura.
A la respuesta añadió
una mentira que asusta ;
dá materia à que el recelo
mi mayor daño presuma.
La mentira en este caso
sobre delito se funda ;
porque à la verdad no encubre
el que carece de culpa.
¿Luego aqui hai delito ? si :
y aunque pequeño , no hai duda
que siendo en esta materia
el menor no tiene escusa.
¡O pensamiento cruel!
¡ò imaginacion sañuda !
¡ò manzana fementida!
¡ò ley la mas importuna !
¿Es posible , Cielos Santos,
que he de firmar con mi pluma
de mi esposa , y de mi amigo
la pena que los acusa ?
No puede ser , no es posible,
miente la sospecha ruda.
Paulino es vasallo fiel,
mi esposa candida y pura.
¿No puede ser que esta sea
otra manzana que pulcra
se parezca à la que dí
en grandeza y hermosura ?
No puede ser. Que yo mismo
soi testigo de que duran
en mi memoria las señas
de su lozana hermosura.
Mil rodeos voi tomando,
porque dure la disputa ;
y el recelo , que es fiscal,
no llegue à hacer la conclusa.
Pero en vano lo procuro ;
porque el recelo se funda
en hacer vér del contrario
la mala fé de que usa.
Hace tanta fuerza (ò Cielos!)
la mentira que le acusa,
que à tal yerro , ni aun el fuego
le puede dar soldadura.
¿Pues en que ya me detengo!
del cariño se sacudan
los afectos amorosos
que la venganza repugnan.
Muera Eudosia (què pesar !)
muera Paulino (ley dura!)
y muera yo del dolor
de una y otra desventura.
Mal haya , amen , ley tyrana,
que ciega , torpe y sañuda
al ofendido no dexa
libre à perdonar la culpa.
¿Pero como yo me olvido
de mentira tan astuta,
en donde el honor se vé
si caduca , ò no caduca ?
¿Yo piedades amorosas?
yo suspiros , ¡què locura
es corresponder finezas
à quien mi daño procura !
Ya no hai piedad en mi pecho
todo es rigor , ira y furia,
pena , venganza , tormento,
saña , rabia y desventura.
¡O vil manzana , traydora!
alhaja de la importuna,
¡discorde Diosa infernal!
yo conoceré tu fruta.
Pero Eudosia hácia qui viene,
ò si en esta desventura
hallase , Cielos divinos,
el descargo de su culpa.



SCE.

SCENA III.

Teodosio y Eudosia.

Teod. Esperando, Señora, à vuestra Alteza
ha rato que aqui estoi.
Eud. Vuestra fineza
tengo, Señor, del todo experimentada,
correspondida debe ser, y amada
con la eficáz rendida fé amorosa
de un alma, que en el fuego mariposa
arder como la mia se interesa,
buscando nuevo sèr en la pavesa.
Teod. ¿Tanto fuego se encierra en vuestro pecho?
Eud. Tanto que en él no cabe, por estrecho.
Teod. Pues para que templeis tantos ardores,
llegád à quel cenal que bordan flores,
y en su seno hallareis de nieve, ò hielo
quien temple al abrasado Mongib lo.
Parece que suspensa habeis quedado
habiendo ya el remedio exprimentado;
Eud. Yo, S.ñor:::
Teod. Què decis? Hablad, Señora:
¿no me dixisteis vos (habrá una hora)
que os comisteis, Señora, la manzana?
¿cómo vino segunda vez ufana
à mis manos? què es esto? ¿Vuestra Alteza
por ventura mudó naturaleza?
¿qué, pudo lo divino, è inmutable
un prodigio formar tan admirable?
Eud. No permitais, Señor, que vuestro enojo
de mi noble disculpa haga despojo;
porque será rigor, que perturbada
quede la fé que os guardo amancillada.
Teod. Nadie como yo, Señora,
vuestra disculpa pretende;
y asi; pues yo me sosiego,
Vuestra Alteza se sosiegue,
y junto à mi en esa silla
un breve rato se siente,
respondiendo su cordura
con la prudencia que suele.
Eud. De vuestra voz, gran Señor,
toda el alma esta pendiente.
Teod. Ya son cumplidos seis años
que à mi Corte pretendiente
llegó tu Alteza à seguir,
contra sus mismos parientes
la instancia de una bien corta
hacienda::: mas esto cese,
que no quiero su pobreza
sonrojo el menor le cueste,
y mas quando la fortuna
con su rueda inconsequente,
suele dar lo que es mejor
à quien menos lo merece.
En Atenas, que es su patria
hija, nació de un sapiente
Filosofo, en cuya escuela
aprendió de la eloquente
minerva sabios preceptos,
cuyos silogismos fuertes
en su retorico labio
fueron eficaces siempre;
de forma, que el literato
mas advertido y prudente,
el

el entrar con vos en lid
de argumento ſabio, teme;
mas que mucho, ſi en vos hallan
las dos gracias concluyentes
de hermoſura y diſcrecion,
con perfeccion tan vehemente,
que ſi Minerva ilumina
lo docto de vueſtra mente,
de Chipre la Dioſa bella
os comunica excelente
el atractivo eficáz,
que rendir à un mundo puede.
Eſte fue el medio que pudo,
lo que impoſible parece
facilitar: pues por eſtas
gracias que en vos permanecen,
midiendo inmenſa diſtancia,
del ſacro Trono eminente
baxé à daros mi real mano
contra razones prudentes
de mi eſtado, y en el Trono
coroné vueſtra real frente.
Eſte exceſo, eſte delirio,
que de otro exemplar carece,
por fineza ſingular
à mi quexa la engrandece.
¿Es poſible que tu Alteza,
olvidada facilmente
de quien ſoy, y de quien es,
me haya dado (ò rigor fuerte!)
deſpues de tantos honores
y finezas que me debe,
motivo para la quexa,
que tendré del imprudente
eſtilo, con que deſprecia
lo que à mi merito excede,
dando por correſpondencia
una mentira indecente,
que oculta lo que declara,
y declara lo que miente?::
vive Dios.

Eud. Señor, tu Alteza
el ayrado enojo temple,
que podrá el ſuſto borrar
la diſculpa de mi mente,
y ſofocada à temores
con razon ninguna encuentre;
y aſi, à vueſtra Mageſtad
le ſuplico no ſe altere,
y ocupe otra vez la ſilla,
que yo prometo ſer breve.
Que naci pobre bien sé,
hermoſa, facil ſe entiende,
que deſdicha y hermoſura
nacieron de un parto ſiempre.
La diſcrecion que tu Alteza
en mi alaba, ya fenece,
pues con todo mi ſaber
ignorè lo que conviene.
La diſtancia de los dos
es grande; y aunque parece
que el ſubir à vos fue mucho
mucho mas hoi deſcaece.
No es hyperbole, Señor,
realidad es, que la ſiente
el honor que amancillais
con una ſoſpecha leve.
Pobre vine à vos, es cierto,
de los temporales bienes;
pero rica de virtudes,
que el pudor caſto previene.
Ojalá que vueſtra Alteza
nunca me hiciera mercedes,
que aunque ſon muy apreciables,
à todas el cambio excede.
Eſa manzana, Señor,
que ſonrojada parece
defiende con ſu verguenza
la candidéz de ſu nieve;
por una de ſus finezas
vino à mi mano; y alegre,
deſpues de haber celebrado

mi

mi eſtimacion como debe,
de vueſtro amor el cariño,
de vueſtro afecto el preſente,
pasé al quarto de Paulino ;
y alli (ay de mi!) neciamente
moſtrè la manzana (ò Cielos !)
y callando de quien fueſe
la dadiva , vì à Paulino
inclinado à lo excelente
de tan rara fruta : y yo
ſabiendo que le merece
à vueſtra Alteza favores
de claſe mas eminente,
ſe la dì ; y él , fiel vaſallo,
os hizo de ella el preſente.
Eſte es el caſo , Señor,
aunque no es el caſo eſte
que à vueſtra Alteza le ha dado
una razon aparente.
El mentir indica culpa ;
pero no ſiempre el que miente
arguye pecado grave,
porque hay mentiras muy leves.
Que yo comì la manzana
dixe inadvertidamente,
por evitar , no el delito,
ſino es que lo pareciese.
Hay genios tan aprehenſivos,
que apenas el ayre mueve
la menor ola del mar,
quando la borraſca temen.
Si es aprehenſivo un enfermo,
el Medico que es prudente,
mejor que con las recetas
le cura con lo que miente.
Es vidrio el honor , Señor ;
y aſi , porque no ſe quiebre,
creo que ha de ſer mejor
que en eſte eſtado ſe quede.
De los recelos el polvo
ſe han de limpiar de tal ſuerte,
que al paſar el deſengaño
la terſa luna no quiebre.
Bien sé lo que à mi me debo,
bien sé lo que à vos ſe debe,
y sé que todo eſte caſo,
ni me agrava , ni os ofende.
No hay que culpar el deſcuido,
que es accion impertinente
poner en materias tales
cuidados que no merecen:
ſi en la opinion de tu Alteza
mi razon no ſe eſtablece,
¿à què eſpera de ſu brazo
el airado enojo fuerte?
mande quitarme la vida ;
mande que me dén la muerte,
que el que no ſabe agradar
harto delito comete.
Y ſi acaſo no decreta
lo que razon no conſiente,
Vueſtra Mageſtad me dé
licencia de que me auſente.
A Jeruſalén deſeo
viſitar , donde venere
de mi Redencion dichoſa
los lugares reverentes.
¿Pero qué es eſto , Señor?
¿aſi la eſpalda me vuelve?
¿ſin eſcucharme ſe vá?
ſe auſenta ſin reſponderme?
detén el paſo , Señor,
eſcucha , mi bien , advierte.
Pues el Sol ſe auſenta , Cielos,
ſin duda que me anochece.

SCENA IV.

Pulqueria y Eudoſia.

Pulq. ¿Qué es eſto , bella Eudoſia , vos llorando?

vos

¿vos de perlas el ſuelo ſalpicando?
que nube de vapor el mas terreſtre,
parto ſilveſtre,
à empañar ſe atrevió (qué deſconſuelo!)
las bellas luces de ſu hermoſo Cielo?
¿qué es eſto? no reſponde vueſtra Alteza?
baſte ya de triſteza;
digame ſu dolor, que minorado
dicen, que ſuele ſer comunicado.
Animeſe tu Alteza.

Eud. ¡O pena loca!
no cabe, gran Señora, por la boca.

Pulq. Poco mi amor la debe à vueſtra Alteza,
quando oculta ſu mal de mi fineza;
con ella, por quien ſoy mil vezes juro,
de ſer en vueſtro amparo fuerte muro,
que à los combates de enemiga ayrada,
à coſta de mi vida, aſegurada
la vueſtra quede del peligro fuerte
que pueda amenazar la infeliz ſuerte.

Eud. Nuevo tormento à mi dolor incita
el vér que vueſtra Alteza ſolicita
ſaber aquello miſmo (ò pena fiera!)
que ignorarlo en ſabiendolo quiſiera:
mas pues es guſto vueſtro, y yo ſu hechura,
negarſelo ſeria gran locura.

Pulq. Pero eſperad, Señora:::

Eud. ¡O dura ſuerte!
¿ſi ſerá la ſentencia de mi muerte?

Pulq. Que hácia aqui de la Guardia los Soldados
con Criſafio ſe acercan.

Eud. Duros hados!

SCENA V.

Pulqueria, Eudoſia, Criſafio, Layo, Emorbio y Tropa de ſoldados.

Eud. Todas ſon ſeñas infauſtas
quantas oygo, y quantas veo.

Criſ. Guarde à vueſtras Mageſtades
mil años piadoſo el Cielo.

Pulq. ¿Qué cauſa, Layo, te mueve
à tan grande ſentimiento?

Lay. La mayor de quantas pudo
darme el hado mas adverſo.
Murió mi Amo Paulino;
mirad, Señora, ſi tengo
en pérdida, que es tan grande,
razon para el ſentimiento.

Pulq. Paulino murió!

Eud. Qué eſcucho?
¡toda me ha cubierto un yelo!

Criſ. Si, Señora.

Pulq. ?De qué ſuerte?

Criſ. A daros noticia vengo
de eſa deſgracia; y tambien
à poner eſte Decreto
del Ceſar, que el Cielo guarde,
en vueſtras manos, creyendo
que mi obediencia diſculpe
la preciſion de traerlo,
que un criado ſolo debe
obedecer à ſu dueño.

Pulq. ¿Qué manda el Ceſar? decíd.

Ha-

Eud Habla, no tengas recelo.
Cris Vuestras Magestades oygan
lo substancial del decreto:
dice el Cesar, mi Señor,
que por quanto en el gobierno
vuestra Magestad ha sido,
¡ò sabia Pulqueria! el centro
de los negocios mas arduos
de este dilatado Imperio,
considerando cansados
vuestros ombros de tal peso,
y que vos por varias vezes
con suplicas, y con ruegos
al Cesar le habeis pedido
licencia, para que en quieto
claustro de una Religion
os dexe vivir el tiempo
que à vuestra vida faltare,
que sean siglos eternos;
con su natural benigno
conviene con vuestro ruego:
y manda, que os retireis
al Religioso Convento
que fuere mas del agrado
de vuestro Christiano pecho.
A vos, Eudosia divina,
condescendiendo à los ruegos
que habeis hecho al Cesar, manda
os dispongais desde luego
à cumplir la Romerìa
de Jerusalén, sabiendo
que el equipage decente,
que es regular al supremo
honor de vuestra persona,
està, Señora, dispuesto.
Pulq. Sobre mi cabeza pongo,
en señal de que obedezco
de mi hermano y de mi Rey
el justo y sabio decreto,
gustosa de que consigo
el mayor de mis deseos.
Eud. Solo nos falta saber
el desgraciado suceso
de la muerte de Paulino.
Layo. Yo lo dirè.
Cris. Calla, necio.
Pulq. Ese cuidado, parece
que indica grave misterio;
dilo tu, calla Crisafio.
Cris. Señora:::
Pulq. Asi lo ordeno.
Layo. ¿Vuestra Magestad bien sabe
que estaba Paulino enfermo?
Pulq. Por señas, que esta mañana
una sangria le hicieron.
Layo. Pues habiendole dexado
habrá dos horas contento,
y ufano de haber al Cesar
regalado esa manzana
que està en esa mesa; ò ¡Cielos!
que la Magestad propicia
de Eudosia le dió, sabiendo
que era de su agrado (¡qué ansia!)
al volver à su aposento,
de la Guardia los soldados
al encuentro me salieron
para no dexarme entrar;
pero mis llantos y estremos
à causa de no haber orden
contraria paso me dieron.
Lleguè, Señora, à la cama,
y encontré cadaver yerto
à Paulino (¡què dolor!)
en su misma sangre envuelto.
Dicen, Señora, que ha sido
su muerte (yo no lo creo)
causada de haber quedado
la venda floja, y disuelto

por la cisúra la sangre
de sus venas; mas lo cierto
es, que las señas declaran
lo contrario, pues encuentro
la venda sobre la cama,
el cabezal en el suelo,
la ropa toda arrugada,
las almohadas sin aséo,
y de soldados de Guardia
todo el aposento llenò.
Esta es la verdad del caso;
y si el declarado es yerro,
mi vida sin la de mi Amo
para nada ya la quiero.
Manden vuestras Magestades
castigar mi atrevimiento.
Eud. Què lastima!
Layo. Què dolor!
Pulq. ¿Què dices, Crisafio, de esto?
mas tu dirás, claro está,
que obedeces à tu dueño.
Ojalá sea verdad;
mas segun señales veo,
tu has de ser la perdicion
de mi hermano y de su Imperio.
¿Faltaron à tu discurso
los saludables consejos
con que templar de Teodosio
el ayrado enojo fiero?
¿y quando tu no bastaras,
porque no me disteis luego
aviso, para que yo
pusiese facil remedio?
¡un Vasallo tan leal,
del mismo Teodosio deudo,
morir desgraciadamente,
por algun dicho siniestro!
yo bien conozco à mi hermano,
y lo pronto de su genio;
y à la presente, ya está
arrepentido del yerro.
Tambien conocì à Paulino
por leal, candido espejo;
y à ti tambien te conozco,
que en el caso no es lo menos.
Cris. Yo, gran Señora:::
Pulq. No mas;
y solo advertirte quiero,
que ya que te quedas solo,
al Cesar le dés consejos
saludables y Cristianos,
porque sino, yo te ofrezco
que sepa volver ayrada,
dexando el blando sosiégo,
para hacer que à mis pies baxe
la cabeza de tu cuello.
Y ahora vuestra Magestad
me dè sus brazos, supuesto
que à Jerusalèn su viage
parece tiene dispuesto.
Eud. En ellos, sabia Pulquería,
el alma cautiva dexo,
con que de vos tarde, ò nunca
podrè decir, que me ausento;
que pues habita donde ama
el alma, con vos me quedo.
Pulq. Guarde el Cielo à Vuestra Alteza
por favores tan supremos.
Y ahora quede al desengaño
de los Anales del tiempo
la memoria de Paulino,
y su tragico suceso,
para que sea su muerte
el mas verdadero exemplo
de la desdicha mayor,
que exprimentarse pudieron;
pues en lo breve de un dia,

tocando los dos eſtremos,
ſubió Paulino à mandar,
baxó Paulino à ſer reo.

***



F I N.

Barcelona : En la Imprenta de Carlos Gibért y Tutó,
Impresor y Librero.